

LOS CAMINOS DE CHILA

CANDELARIO FERNÁNDEZ AGRAZ



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Ricardo Villanueva Lomelí *Rector General*

Héctor Raúl Solís Gadea *Vicerrector Ejecutivo*

Guillermo Arturo Gómez Mata *Secretario General*

Centro Universitario de la Costa

Jorge Téllez López *Rector*

José Luis Cornejo Ortega *Secretario Académico*

Mirza Liliana Lazareno Sotelo *Secretaria Administrativa*

LOS CAMINOS DE CHILA

CANDELARIO FERNÁNDEZ AGRAZ

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

2020

Fotografía de la portada: *Hacienda de Las Varas*
de Rodolfo Medina Gutiérrez.

Primera edición, 2020

D.R. © 2020, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad 203
Delegación Ixtapa 48280
Puerto Vallarta, Jalisco, México

ISBN: 978-607-547-793-0

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico

Contenido

Prólogo	7
FLOR MICAELA RAMÍREZ LEYVA	
Introducción.....	11
El palacio de la justicia.....	13
El gentil	19
La pelada	26
Los caminos de Chila	33
María Helena	42
¡Vete para la costa!	50
El mano negra.....	62

Prólogo

Estampas y avatares de la costa nayarita en *Los caminos de Chila*

Dibujar, a través del lenguaje, el pensamiento y emociones surgidas de situaciones específicas, unas veces difíciles, frustrantes, desmoralizantes, otras extrañas, desafiantes o graciosas, representa una labor no pequeña. El esfuerzo del autor debe ser notable, cuando en ese cometido, además, requiere emplear el lenguaje sencillo característico de los moradores y reconstruir el modo particular del habla de los habitantes de la costa sur de Nayarit o utiliza otros recursos creativos para despertar la imaginación y trasladar al lector no sólo al escenario en cuestión, sino al mundo interior de motivaciones, cavilaciones y afectos de los personajes: Teodoro “La pelada”, El gentil, María Helena, El mano negra, y otros habitantes así como El palacio de la justicia y referentes de estos relatos.

Esta obra comienza con un cuento desarrollado en un lugar hostil, describe, con naturalidad y frescura, el ambiente del personaje y las razones que lo confinarían a ese destino, y así como esa narración, las otras ofrecen

pistas de la vida personal y colectiva de ese momento, las huellas culturales e identitarias, algunas de las cuales no han perdido vigencia y a las que se fueron agregando otras cuestiones, casos e historias. El resto de los relatos contenidos permiten internarse en ciertos estilos de vida, costumbres campiranas, formas de ser y luchar moldeadas por un momento histórico caracterizado por revueltas e imposiciones.

Para familiarizarnos con el ambiente natural geográfico y cultural de la región, la siguiente historia introduce términos de uso común por esos lares. La riqueza expositiva estriba en recuperar tanto la variedad como el carácter específico de los atributos y residentes del pueblo de pescadores, de las haciendas o comunidades protagonistas. Así, nos va invitando a acompañar a estos sus habitantes en sus bregas cotidianas, en sus trayectos, sin importar si son reales o imaginarios, haciéndonos testigos o cómplices de sus acciones, silencios, arrebatos o descubrimientos.

En *Los caminos de Chila* su creador explora otras dimensiones de las interacciones humanas, así como de las maneras sutiles en que los individuos fueron construyendo las justificaciones e iniciativas de las personas que vivieron las tensiones de esa época postrevolucionaria. A través de diferentes figuras y personajes, hace alusión a la justicia social, el trabajo, la tierra y las huellas generadas en su disputa, entre otros símbolos y referentes de la Revolución, de la iglesia, de los pueblos que

fueron transformándose entre anécdotas, haciendas y esperanzas. El lector visualiza el carácter, las memorias, conductas e intereses, impulsados por quienes conforman el tejido social, ubicados en diferentes posiciones de poder, privilegio o responsabilidad.

Las historias que nutren la obra se desarrollan en ambientes frescos que nos resultan familiares, con el colorido de los dichos, las tradiciones y costumbres mexicanas. Los diálogos nos permiten reflexionar sobre las cosas a las que damos valor en la cotidianidad, y aportan un panorama que impulsa a aproximarnos a las necesidades y permanentes búsquedas de bienestar y seguridad en el ser humano. El ejercicio narrativo hace acopio de imágenes para recrear ambientes, épocas y perfiles psicológicos. La función de las palabras es hacernos viajar, situarnos y confrontarnos, y así como las palabras, “la vida es un camino rico en semántica, en significados potenciales, en sentido a descifrar” (Solana, 2018). Contar historias, entonces, implica ejercer una selección, enfocando la memoria a una ordenación e inscripción de hechos en un momento y lugar determinados. *Los caminos de Chila* contribuye a alimentar esa memoria social y cultural. Esperamos que el lector encuentre aportes en esa línea.

Flor Micaela Ramírez Leyva

Introducción

Los caminos de Chila es una serie de cuentos emplazados en el ambiente campirano de la costa sur de Nayarit, específicamente del municipio de Compostela, y que relatan el andar cotidiano de quienes habitaron esta región desde principios del siglo XX dentro de una transición paisajística producto del periodo porfiriano y los estallidos sociales posteriores.

Las múltiples enfermedades tropicales y los climas extremos habían propiciado que las costas del Pacífico nayarita hubieran sido pobladas de manera muy intermitente. Por otra parte, la caída del precio internacional de la plata en 1905 arrojó a las costas oleadas de trabajadores procedentes de las zonas mineras serranas.

La revolución, el suceso cristero, el reparto agrario y el reacomodo cultural de las relaciones económicas, sociales y políticas fueron producto del poblamiento de la costa sur de Nayarit a raíz del desplazamiento de quienes procedían mayormente de los municipios serranos de este mismo estado y de la zona de los bajos del vecino estado de Jalisco. Por lo tanto, las costumbres, tradiciones, habla cotidiana, gastronomía y relaciones

económicas rurales en ambas entidades apenas difieren uno del otro.

Si bien la actividad minera se encontró en franca decadencia durante las décadas subsecuentes, la ganadería, el cultivo del tabaco, la recolección del coquito de aceite entre otros cultivos básicos, definieron una infraestructura y estructura muy endémica.

En este contexto, se forma el medio ambiente cultural que da pie a las relaciones sociales que habrán de definir la idiosincrasia regional plasmada en parte en los siguientes relatos producto de las experiencias y vivencias de quienes habitaron y poblaron paulatinamente la costa de Chila durante la primera mitad del pasado siglo.

El palacio de la justicia

Quince años, tener que pasar quince años en esta cárcel sólo por haberme defendido de quien me quería matar. –Si sólo me defendí, si no lo hubiera hecho el muerto hubiera sido yo. De haber sabido todo el infierno que he vivido por haber matado a un hombre tan *languciento*, mejor me hubiera dejado matar–. Y ahora estoy aquí, detrás de estas rejas en este cuarto oscuro, maloliente y frío de la penitenciaría de Tepic.

Y todo por un pedazo de tierra y no seguir aguantando más humillaciones de ese que parecía gozar cuando asustaba a gritos y sombrerazos, en público y en privado a los que se dejaban. Pero ahora está bien muerto y ya no asustará más pendejos, cuando menos eso tengo de consuelo, al menos ese pensamiento me consuela.

Ese hombre que fuera mandadero de la hacienda está bajo una *palanca* de tierra y ahí tendrá toda la eternidad para arrepentirse, aunque en el infierno su arrepentimiento si es que lo siente, ya no tiene valor. Aunque viéndolo por otra parte, más de alguno ha de estar agradecido conmigo por haberle rajado el alma a este hombre tan mal averiguado.

A un hombre tan malo como lo fue este fulano no se le pueden abrir las puertas del cielo, debe estar en el infierno y ahí se pudrirá por toda la eternidad. En cambio yo si tendré tiempo pa'arrepentirme aunque como están las cosas en el juzgado y como lo manejan el juez y el licenciado, el arrepentimiento ya lo vivo desde que estoy en esta cárcel. Y de verdad que me arrepiento de no haber sido yo el muerto en ese pleito tan mudango, yo si estoy viviendo el infierno y en plena vida.

Martín Vargas se llamaba este *malora* quien por más señas había trabajado al mande usted de Juan de León, testaferro de unos caciques gachupines. Su trabajo era estar echando ojo a los palapares y los veranos de los medieros junto con otros mozos igual de maloras que él.

Se daba gusto cuereando y matando a los que según eso robaban a la hacienda. No tenían empacho en abusar de las mujeres de uno, y aun después de que la hacienda acabó y que le perdonamos su mal proceder nomás por llevar el fandango en paz, no se le quitó lo mal averiguado.

La parcela que dizque era de él, nadie se la dio, la agarró a chaleco, por sus tamaños y los de la agraria nomás por no averiguar lo dejaron que se hiciera de la tierra. Y así se la pasó todo el tiempo en puras averiguatas con sus vecinos a los que amagaba con machete en mano.

Así me trajo a mí por mucho tiempo, luego que a cada y cuando se le ocurría mover la alambrada a su

favor y me hacía correr por el callejón sonando el machete contra lo que fuera. Esas fueron las razones que tuve para que pasara lo que en resumidas cuentas pasó.

Ya vendí todos mis haberes y acabé hasta con los arados y los bueyes para eso de los trámites de ley que dice el licenciado. Que esto, que lo otro, que fue y que vino, que la fianza y que la apelación, y yo sólo veo que el asunto se hace largo.

Parece que lo que ellos llaman trámites y litigio es un negocio del que viven los que dizque velan por el cumplimiento cabal de las leyes. Explotar al jodido es el verdadero negocio de los que administran lo que ellos llaman justicia. Bien dicen que los vivos viven de los pendejos, y entonces dónde está eso de la justicia que dizque nos dio la revolución. Es la misma gata pero revolcada, el palacio de la justicia nomás cambió de dueño.

Me cansé de decirles y explicarles cómo es que sucedieron las cosas y ahí están los testigos que hablaron a mi favor y aun así siguen con esto de mantenerme encerrado para exprimirme hasta los últimos centavos que me quedaban y esto parece no tener fin. Nomás porque no puedo vender la tierra, que si no ya hasta de eso me haiga desprendido.

Ahora que ya no tengo nada y bien que lo saben, el juez me mandó decir con el licenciado que con tantos miles de pesos me da la carta de libertad. Y de dónde voy a sacar tanto dinero si ya todo lo acabé, lo malbaraté todo en mi desesperación por salir de esta cárcel.

Y todo porque el finado tenía mocho el dedo índice derecho con el que se jala el percutor y que dizque se agachó a la hora de los balazos, que sólo de esa forma le pude ganar el arrancón y que dizque yo tenía más ventaja. De ahí se agarró el juez para no darme la libertad por legítima defensa. Pues desde cuando se anda uno fijando si el que te quiere matar está chueco o derecho o está sin dedos o si se agacha nomás por gusto. Nomás les faltó decir que también era chiclán y que eso también contaba en mi contra.

Y yo qué iba a saber que el finado sacaría pistola si todo el tiempo me hacía correr con el machete que traía en la funda de la silla de montar. Como iba yo a adivinar que ese día cargaba pistola. Es cierto que yo también portaba un arma pero no para enfrentarme ni dispararla contra él.

La traía porque iba yo a entregarla con eso del desarme de las defensas. Esa arma la había yo recibido cuando los caciques de la región decidieron combatirnos, entonces nos llegó un cargamento de carabinas y pistolas reglamentarias que nos mandó el gobierno para defendernos de las agresiones y reclamos de la cuadrilla de matones de la hacienda.

Después que se apaciguó la cosa esta de la expropiación y los hacendados la dejaron por la paz, los de la agraria me dijeron que entregara el arma en la casa ejidal, que ahí se quedaría en resguardo, y hacia allá me dirigía cuando al pasar por mi parcela vi que la cerca

de alambre estaba tirada y que la milpa recién nacida estaba trillada.

Me dio mucho coraje no lo niego, pero aun así no pensaba en responder como después si lo hice. Me devolví a mi jacal por el barretón y el bule de herramientas, pero nunca me acordé de dejar la pistola.

Ahí estuve toda la mañana reparando la cerca. Ya a eso del mediodía se apareció este amigo con todo y el mal humor que siempre cargaba. Yo estaba dando la espalda parado sobre un cimborro y no lo vi venir. Esta vez no tenía pa' donde correr a menos que me aventara al remanso de agua clara donde mero hacia vuelta el río, pero estaba muy alto.

—Ya estaría de Dios, eso pensé. Busqué el machete con la mirada, pero se había quedado al otro lado de la alambrada.

Ahora que caigo a cuentas, este mal hombre ya tenía pensado darme en la madre porque en cuanto abrió el falsete corrió con el caballo trillando el sembradío de frijol de su propiedad y llegó hasta donde estaba yo rayando al pobre animal sobre las melgas de maíz y se apeó del caballo echando maldiciones. No hizo señas de querer desenfundar el machete, más bien se llevó la mano a la cintura.

Apreté con las dos manos el cabo del barretón para capotear los machetazos, porque pensé que era eso lo que iba a sacar, un machete. De repente vi que en su mano derecha brillaba con la resolana el cañón de una

pistola que por mala suerte también traía y se agachó para cruzar la alambrada.

Entonces me acordé de la 22 que había puesto en el bule de la herramienta que traía colgando a la cintura y con más miedo que ansias tomé el arma y en cuanto lo tuve a tiro se la descargué por todo el pecho.

Apenas se había enderezado, ni siquiera se dio cuenta que yo también traía con qué defenderme y que por cierto, para eso me la habían dado a resguardo, cayó de cara al suelo como tragando tierra y engarrñado como no queriendo creer que también tragaba tierra por el hocico como aquellos a los que había matado y colgado muchos años antes, en tiempos de las haciendas.

El gentil

El sol pegaba a plomo en uno de esos días del mes de agosto en los que parece que el cuerpo hierve en sí mismo y el aire fresco que venía de las marismas revoloteaba las palmas y los *chibiritales* por las orillas de los potreros anegados por las duras crecientes del *Caimanero*.

Sin aflojar el paso y aunque a veces pausadamente, aquel hombre cabrestaba su burra sin voltear hacia atrás, bañado en sudor y nervioso, parecía temer a los *palapares*, a los papelillos e higuerales que cobijaban a los *piruleros* y *pipichines* y cuyo graznido se fundía con la corriente de los afluentes del río de aguas revolcadas que venían de aquellos cerros negros de la Sierra del Vallejo que a la distancia se cubrían con las nubes oscuras anunciado una tormenta de esas en las que: *cuando truena Matanchén y le responde El Vallejo, agárrate cuero viejo*.

Apenas salió del palapar arrendó hacia el pueblo que se miraba muy a lo lejos al pie del cerro del Vigía. Muy aprisa tomó el camino del desagüe sin voltear la vista hacia el Mastranzo, esa laguna de aguas verde aturquesado que a lo lejos se perdía entre el azul oscuro del cerro de la Atalaya y el Ceboruco.

A su paso por las eras de coco, no devolvió el saludo de los mozos que afanosamente martillaban las piedras una contra otra para extraer y depositar en los *chiquihuites* de lo que constituía su sustento diario. Saludaron ellos, pero él no contestó. Parecía ido de razón, atolondrado, sus ojos expresaban miedo, iba a pata pese a que la burra no llevaba carga salvo un par de *costales de ixtle* terciados a cada lado de la humilde silla de montar.

Regularmente esos costales que ahora parecían estar vacíos solían rebosar de pescado fresco: *lisas*, *curvinas*, *constantinos*, *mojarras*, *toros*, *palometas*, y alguno que otro *pargo coconaco*, pero ahora estaban casi vacíos, ni siquiera llevaba *cajos*, esos animales azules y tenazudos que abundan en la temporada de aguas y que de repente se asoman al pie de los manglares para luego desaparecer en sus cuevas y que se cazan con resortera y buena puntería.

Sólo un par de *tarrayas* de seda, unos cuantos pescados, y un *tacual* con unos tacos paseados apenas hacían bulto en los costales. La plumada de las tarrayas hacía un ruido suave y hueco a cada paso de la burra que caminaba a veces con un paso muy mondongo y apresurado emulando a este hombre que *parecía no estar ni ir en sus cabales*.

Las bandadas de pericos se postraban en las ramas de los *camichines* mirando hacia los chapones que lucían milpas jiloteando y exhibiendo apenas remedos de elo-

tes que parecían muñequitas de pelo güero, como esperando que éstas se tornaran duras para saborear los *granos criollos* color miel.

El hombre parecía ignorar todo a su paso y caminaba muy aprisa por esos callejones y pegando de brincos en los charcos y lodazales con el pantalón arremangado hasta las rodillas y descalzo. Cruzó la huapinolera, por entre esos árboles enormes y centenarios de los que se descolgaban los cuamecates y se desplomaban las vainas gruesas y duras de las que los *zanates* degustaban un polvillo amarillento y dulce.

Con todo y su cansancio llegó a su jacal, entró aprisa y sin saludar a Coty, su mujer. Se trepó al tapanco, abrió el pabellón y pareció acostarse. A su mujer le extrañó ver aquellos costales casi vacíos que colgaban de la montura. –El mar debe estar arrastrado, ¡qué raro, no hay luna llena!– se dijo a sí misma. No era común que su señor regresara con un pequeño *tambache* de lisas.

Partió en trozos una calabaza buchona y regó generosamente granos de maíz sobre ésta y de un silbido llamó a la burra a comer. Regresó al jacal y fue directo al *tapeixte*, tomó el queso fresco, la manteca y las tortillas, bajó algunos tomatillos deshidratados que pendían sobre la hornilla y los arrojó en el agua que estaba hirviendo para luego hacer la salsa, preparó un limonate y después descamó el pescado.

El chillar de la manteca en la cazuela respondió a la lumbre que despedía la hornilla e inundó el jacal del

aroma de frijoles negros a la vez que el olor a pescado fresco penetraba hasta el caballete. El hombre parecía no inmutarse ante el aroma de aquel dore, se arrojó sobre el tapanco y no respondió al llamado de su mujer a comer. ¡Leopo, la comida esta lista! Gritó una vez más y le extrañó que no respondiera y bajara a sabiendas de que su marido no era maniado ni matrero para comer.

–¿Se habrá quedado dormido?– Murmuró en voz baja, pero llamó su atención las borucas que hacía y como el tapanco se movía como si estuviera pegando de brincos. Subió y miró a su marido empapado en sudor, temblando, con los ojos pelones y con la mirada ida. –Leopo, ¿qué tienes?, preguntó un tanto preocupada. No recibió respuesta. –Le ha de haber pegado la resolana, pero a quién se le ocurre caminar desde la Boca de Chila en pleno mediodía y en plenas aguas, como si fuera manda, murmuró en voz baja.

Leopo, ¿es que acaso te ha picado algún animal ponzoñoso?, preguntó preocupada. –Me saludó muy cabalmente, me dijo ¿pica o no pica Leopo?, entonces voltié y miré a un hombre que parecía pescado pero con figura de cristiano, me lavé la cara con el agua del mar y ahí estaba, no se iba, no tenía cara de mala gente, pero no aguanté aquella mirada y tomé mis telebrejos y arrendé por el manglar hasta donde dejé a la Monina y me vine pa' la casa, todavía siento su mirada en mi espalda como cuando corrí pal' estero.

Todavía resuenan sus palabras en mis oídos, ¿de dónde habrá brotado?, no vi aparecidos o algo de esas cosas que dicen los demás que rondan como animas en pena y pagando sus pecados como dice el padre Cheto, era de a deveras, lo juro. Vi a un hombre con escamas y con *faisiones* de pescado, hablaba estoy seguro. Su mirada era profunda y con ojos que eran redondos, más bien bolongos, no pude resistir su mirada, no pude devolverle el saludo cuando lo miré.

No había nadie más que yo, estaba cuerdeando, había guardado las tarrayas en los costales porque no aparecían las manchas de lisas y lo único que brincaba más allá de la reventazón eran algunos pargos y toros pero no se pegaban al anzuelo y el sedal sólo parecía jalarse con el ir y venir de las olas.

Había tanteado ir a la vena y echar unos tarrayazos para ver si sacaba moyas y algunas guabinas y mojaras, pero con la ansiedad que traía ni siquiera me acordé. Ni junté los cocos que me encargaste, tampoco el péhuano pa'la roña del perro, todo se me olvidó con el miedo que me cargaba.

No puedo cerrar los ojos porque se me vienen puras tarugadas a mi cabeza. Me da miedo quedarme sólo, no te vayas Coti, arrópame con la cobija pa'que se me quite el frío y dame un té de manzanilla pa'la temblorina que me cargo. No tengo hambre, siento mucha desesperación, ya no quiero volver a la Boca, me llamó por mi

nombre y siento que me lo encontraré otra vez. Prepáreme uno de tus menjurjes para los nervios que traigo.

Ese espanto me conoce pero no sé de dónde, siento que se me va el aire y no puedo parar de temblar, no veo tu cara, veo todo blanco, siento que se me tuerce la boca y no puedo mover mis manos. Me cuesta trabajo hablar, dile al padre Cheto que venga pa'que me confiese, llévate la gallina chana, aprevante por si no quiere venir, ya ves que hasta pa'morir se paga en este pueblo. Todavía está enojado conmigo porque dejé que los chamacos fueran a la escuela y porque dejamos que el panteón lo administrara la autoridad municipal.

Se enojó harto porque el síndico le dijo que lo civil no quitaba lo santo, que sólo era cuestión administrativa, pero que seguiría siendo camposanto. No quiero morir y ser anima en pena o un espanto, dile que venga que me de su bendición pa'poder entrar al cielo. Sólo él puede darme el conducto.

Ni siquiera el día que pegaron esos aires que se llaman huracanes sentí tanto miedo como lo siento ahora y eso que nomás veíamos cómo se llevaba las casas por el aire y cómo el Río Viejo anegaba los sembradíos y se llevaba las chivas y los puercos por entre las resacas.

Dame el rosario que trajo mi madre de Talpa pa' encomendarme a la Virgen. Acuérdate mujer que debo

una manda de cuando te aliviaste de Delfina y si me lleva patas de catre te encargo que tú la cumplas.

Ya se oye la lluvia y el viento, ya se alcanzan a escuchar los truenos, se me hace que ya no se me hizo escuchar los trinos de mayo.

La pelada

Usted no se me raje doctor, no tenga pendiente, que al cabo del suelo no pasamos, en tanto tengamos parque que por cierto ya no es mucho, esos hijos de tal por cual mal llamados cristeros no podrán atravesar las paredes de lo que son las instituciones y pa' que eso suceda, se necesita que yo, Teodoro Rico, por más señas La Pelada, esté bien muerto.

Y eso de las instituciones no le dije yo, eso mismito lo dijo el licenciado Luis Godínez, ese que vino hace algún tiempo en representación del supremo gobierno. Que dizque sólo las instituciones nos darían la justicia social que tanta falta le hace al pueblo y que había que defenderlas a punta de balazos si era necesario, esto pa' mantener el orden y la legitimidad. Y que nada puede estar por encima de lo que son estas mismas, las instituciones, producto de la Revolución, eso dijo y se me quedó bien grabado.

Yo no sé qué sea eso de la justicia social, pero si ha de ser eso de que la ley debe tratarnos a todos con la misma vara, al rico y al pobre, al hereje y al mocho, entonces los que gobiernan tienen la razón si en eso de ser iguales es todo este borlote entre el gobierno, la iglesia y los que se

creen amos y señores de lo que en esta tierra se mueve y respira.

Ando muy achicopalado por lo que le pasó a Feliciano Macías, todavía no se me quita el pesar. No pensé que fueran a matarlo por haberse robado una vaca, eso le costó la vida. A lo más pensé que lo fueran a cuerear. Mire usted que aguantar la santa golpiza que le dieron los caporales de la hacienda de Zontla y todo por no denunciarnos a mi hermano Eduardo y a mí, ese Feliciano sí que resultó ser muy bragado y con los tamaños bien puestos.

Nos habíamos robado una vaca de un potrero que está en las orillas del pueblo, muy de madrugada, la llevamos a la casa, la matamos y la destazamos, y ya luego le mandamos la carne a mi compadre Epifanio Partida, pa' que la llevara a escondidas a los compañeros que andaban patrullando por el rumbo de Cuautla.

Pero ya ve que nunca falta un acomedido. Alguien fue a dar aviso que habíamos sido nosotros y Feliciano pa' mala suerte llevaba en una talega un pesada de carne y hueso que había guardado pa' su familia. Lo pepenaron en el jardín cuando iba camino de su casa, mero enfrente de la botica y se lo llevaron a los corrales donde lo amarraron en un bramadero.

Ahí lo mantuvieron todo el día y a pleno sol, después lo sacaron a la calle y lo golpearon y ya luego lo arrastraron a cabeza de silla por el camino de la cofradía. Quedó como Santocristo, todo mallugado y raspado,

por último lo balacearon, esto de acuerdo con el administrador de la hacienda que permitió que lo asesinaran gente de ellos mismos, así de manera muy ruin.

Mi hermano Eduardo tuvo a bien arrundar el tripaje a la noria y no dejar rastro de que ahí destazamos la vaca y ya luego nos juyimos pal' monte. Cuando llegaron los cristeros junto con la gente de la hacienda de Ayutla no hallaron nada. Esculcaron la casa de arriba pa' bajo pero nunca les dio por buscar en la noria. Desde acá del cerro de La Cruz mi hermano y yo mirábamos que los machigüis esos que trabajan pa' los hacendados tenían la casa rodeada.

Cuando estaba amarrado, Feliciano se las ingenió pa' mandarnos decir con su señora que no dejáramos de preocuparnos, que primero vendría a buscarlo el mismo diablo en persona antes que soltar la lengua. Que lo único que sentía y le daba pendiente era dejar a su familia sola y en el desamparo.

Pero ahora que tomamos el pueblo las cosas han cambiado. Ahora nosotros mandamos en este pueblo, usted, mi compadre Epifanio y yo. Usted nos ha hecho un gran favor, usted es el único que conoce de leyes y procederes. Dios guarde el' ora y que habríamos hecho sin usted, porque lo que es nosotros nomás no rebuznamos porque no sabemos la tonada en eso lo del manejo de la ley. Hora que por lo otro, usted los tiene en su lugar, usted ha demostrado ser un hombre de mucho valor y mucho entender.

Ahorita mismo doctor ya mandé repartir a mis compañeros por todas las calles principales del pueblo. Esos cristeros de seguro volverán y el parque que tenemos no habrá de aguantar mucho. Ya mandé un propio a Ameca con el aviso de que ocupamos más parque y ayuda de la tropa.

Ya me aseguré de que las puertas de la iglesia estén abiertas y le pedí al curita ese que agarramos por el cerro de La Tetilla que dé misa todos los días y que de todos los servicios eclesiásticos que se le soliciten. Le alegué eso que usted me dijo un día, que Dios es para todos los hombres y que las diferencias entre los hombres no los hace diferentes ante Dios.

No se negó, hasta eso, tenía yo miedo de que se negara y luego no hallar cómo proceder. A lo mejor me agradece que convencimos al teniente Vizcaíno de que no usara la iglesia como cuartel ni pesebre pa' caballos.

Andaba muy bravo el teniente este porque le mataron varios soldados en la refriega de cuando tomamos el pueblo, y así con todo y su coraje dio su brazo a torcer cuando vio que no nos parecía que se instalara en la iglesia. Me apalabré con él y acordamos que se quemaran los registros eclesiásticos, pero que se respetara la iglesia.

En esas cosas de Dios no nos gusta meternos, sea lo que sea, chueco o derecho, el padrecito este es un hombre de Dios y habría que respetar aunque no piense igual que nosotros, los agraristas.

Este padrecito entendió a la buena y a la primera pues según me cuenta mi compadre Epifanio un capitán le metió un tiro en la mera frente a un cura que acompañaba a éste del que le hablo nomás por negarse a darle la unción a un soldado que se estaba muriendo en una de las calles de Atengo. De eso no hace mucho y quizás también eso lo ha de haber convencido.

Aunque si se hubiera negado le habría pedido a usted a que fuera a convencerlo, usted sabe decir esas palabras que luego hacen entrar a uno en razón, así de buena forma y sin desesperarse.

También le pedí que me hiciera favor de no ir a dar misas a las casas de esas viejas mochas que amanecen y oscurecen rezando y que dizque leyendo las santas escrituras.

Ese libro que dice que se llama La Biblia, nosotros nunca lo hemos leído, y cómo lo vamos a leer si aunque supiéramos hacerlo cada cura que ha venido por estos rumbos nos dice que no hace falta leerlo, que con guardar las leyes de Dios como buenos cristianos es bastante. Que para eso están ellos, para dirigir el rebaño de ovejas.

Oiga usted don Luis, hasta donde yo tengo entendido, estos animales, las ovejas son muy pendejas y cobardes, entonces nosotros, ¿qué somos, porque dicen que somos un rebaño de ovejas para ellos?

Yo en mi ignorancia me he preguntado muchas veces, ¿cuáles serán las leyes de Dios? Me hice esa pre-

gunta el día que esta banda de malhechores asaltaron el pueblo y mataron a mucha gente nomás por gusto, saquearon las casas y se llevaron a varias muchachas casaderas que luego dejaron por los caminos todas ofendidas y maltratadas.

Estos hijos de la chingada que se hacen llamar cristeros y que dizque defienden la Santa Madre Iglesia Católica, pues sí, así como dice usted Don Luis, son una bola de apasionados junto con quienes los dirigen, y pa' acabarla de amolar se han juntado con los hacendados de la región y están encasquillados pa' que no se cumpla eso del reparto agrario.

Entonces ahora no sólo combatimos a esos encorve-teados, también combatimos a esta bola de acalorados que en su defensa alegan defender la santa religión, y que dizque ya de por sí tienen el cielo ganado por estar en la santa lucha. Disculpe usted la ignorancia doctor, ¿Qué acaso el cielo se gana matando en nombre del Altísimo, verdad que no?

Según usted me cuenta que estas tierras ya eran nuestras desde antes de que hubiera hacendados. Que mis mayores trabajaron estas tierras y que por eso son nuestras y que hay títulos de propiedad que firmó el mismísimo Rey de España. Siendo ese el caso don Luis, la palabra de un rey no vuelve atrás, entonces no estamos robándole la tierra a nadie, nomás estamos tomando lo que como usted dice, nos pertenece hasta por decreto real.

No tenga usted pendiente, váyase a descansar, yo también descansaré porque lo más seguro es que antes del mediodía de seguro estaremos echando balazos. Francisca cuidará de los heridos, de los muertos no hay qué preocuparse ya están envueltos en los petates y acomodados en el patio de la presidencia, ya mandé conseguir algunos cirios y veladoras y ya están los dolientes velándolos.

Doña Reynalda de los Santos ya está rezándoles un rosario, nomás en cuanto amanezca los llevaremos al camposanto, los enterraremos a todos en un mismo agujero, no hay tiempo para hacerle su tumba a cada uno. Ya le mandé decir al cura que se presente allá mismo pa' darles misa de cuerpo presente y cristiana sepultura.

Yo voy a descansar aquí mismo en los portales, Francisca me velará el sueño mientras pego las pestañas un rato. ¡Qué descanse usted!

¡Doctor, doctor!, despierte, aprevéngase que por ahí por el camino de La Laguna vienen los cristeros y son muchos porque levantan mucha polvareda, que dizque se oye desde muy lejos que gritan ¡Viva Cristo Rey!

Los caminos de Chila

Por el camino viejo que va al Capomo y por el otro que va al desagüe, todavía están en pie los árboles donde se colgaba a los que se rebelaban y a todo aquel que dizque robaba, nomás por meterle miedo a la peonada y para dejar en claro que aquí no había más poder que el de la hacienda.

Son esos árboles tan verdes como robustos, les llaman habillas, y ahí mero colgaban a los que no estaban conformes y servían para recordarles a todos que el camino real eran los linderos de la hacienda, y que desde la Boca de Chila hasta La Manzanilla y hasta más allá de esos cerros de la Sierra del Vallejo, hasta el otro lado, hasta la hacienda del Colomo era de ellos, de los Maizterrena y sus testaferros.

De los pesares que sufrieron aquellos que se aventuraron a tomar la tierra y se armaron de valor para enfrentar a los terratenientes, ya nadie habla de eso y pocos conocen, pocos, los que quedan vivos. Los demás se han ido muriendo con todo y los recuerdos de esas penurias de como aquí se vivía. No bastaba una semana a caballo para recorrer todos los caminos de Chila y

Jaltemba, todas esas tierras les pertenecían, nomás los caminos reales eran libres.

En esos tiempos, cuando la tierra era ajena, en los primeros días de octubre, los caminos se llenaban de gente serrana que venían a trabajar a medias. Eran puros desposeídos, gente pobre y humilde, así les decíamos serranos, porque venían de la sierra.

Tenían por costumbre cantar el alabado muy de madrugada, antes de que el sol se asomara, antes de empezar a trabajar con la fresca, sabíamos que eran ellos por este canto que nosotros sólo les cantábamos a los difuntos cuando los estábamos velando.

Decían que venían huyendo de la cordada, luego que de las levas, después que de la bola y luego que de la cristiada y otros porque tenían miedo de ser secuestrados y llevados a la fuerza o con engaños allá para el sur donde decían que los dejaban morir de hambre o los mataban de cansancio o porque de a tiro ya no rendían.

Un día cayó un ingeniero aquí a la costa, que dizque venía comisionado por parte del Presidente de la República. Dijo que traía instrucciones de hacer valer el decreto expropiatorio de las haciendas de la Costa de Chila, que nos organizáramos en grupos de no menos de veinte personas y que él nos ayudaría con eso del papeleo, que juntáramos unos centavos y que hiciéramos las tareas que nos daría para eso de gestionar un ejido allá en México.

Nos dijo que el gobierno tenía todas las intenciones de hacer cumplir los ideales de la Revolución, clarito me acuerdo de eso, hasta sonaba bonito como lo pronunciaba. Se nos enchinaba la piel de escucharlo hablar de una manera muy emperifollada eso de las leyes agrarias. Hasta que por fin nos llovió en nuestra milpita, eso decíamos. Sentiríamos por fin lo que era tener tierra, un verano donde pudieramos sembrar y cosechar lo nuestro sin pagarle a la espada ni a la cruz por el derecho de trabajar en lo único que sabíamos hacer.

Andaba bien armado, traía una 38 bien fajada y lo acompañaban unos soldados con unos mausers terciados al lomo, andaban en caballos norteños, de esos animales grandotes como los que había visto en los días en que un tal General Buelna había tomado Tepic, y que hacían ver a los pocos caballos y burros que teníamos como perros de tan chaparros y desnutridos que estaban. Recorrieron todas las haciendas y rancherías de la costa con sus tiliches para mirar lejos, medir y hacer eso de los deslindes y plantar mojoneras.

Como todos estábamos muy jodidos, los alojamos en casa de Juan Navarrete, era de los pocos que se podía decir que tenía casa, lo que se llama casa, y ahí llevábamos comida entre todos para darles asistencia. El ingeniero no quería aceptar lo que nosotros les ofrecíamos, decía que ellos traían para sus gastos, pero luego de tanta insistencia acabó por aceptar. De seguro nos veía tan

amolados que no quería quitarnos el poco sustento que teníamos.

El día que nos presentamos en la hacienda junto con el ingeniero que dizque para eso de informar y hacer el deslinde y la posesión muy cabalmente, a Rafael Brambila, *macuco* de los caballerangos de la hacienda se le caía la cara de asombrado. Como que quiso ponerse rejego, pero cuando nos vio que traíamos ganas y que los machetes relumbraban porque les habíamos sacado filo nomás para eso, se quedó quieto. Aquel ingeniero y los soldados que andaban con nosotros nos daban valor. Hasta se nos hacía extraño ver al gobierno de nuestro lado.

Ese día más de alguno de nosotros quería desquitarse de las humillaciones que los caporales nos habían hecho, pero el ingeniero nos dijo que se procedería muy cabalmente, de acuerdo con las leyes y que para eso estaban las leyes, para ejecutarse y respetarlas y que esas eran las instrucciones que se le habían encomendado.

Un tal Felipe Solís y otro que se apellidaba Montes que por cierto tenían fama de ser muy bragados, nomás regularon para los portales de la hacienda. Ese ingeniero los tenía bien puestos, se veía a leguas que no venía de visita de cortesía, nomás con hablar fuerte los puso quietos, recuerdo que les dijo que venía en representación del gobierno federal y luego les dio un discurso que nosotros no entendimos pero que sabíamos que se

trataba y que era eso de la expropiación y de hacer valer eso de la expedición del decreto presidencial.

Y mientras estuvo por ahí el ingeniero, se anduvieron quietecitos, ya luego que se fue les salió lo bravo, pero nosotros ya estábamos encarrilados. Venadearon a varios compañeros y a otros los colgaron. A los que balaceaban les echaban tierra en la boca mientras agonizaban y a los que colgaban les pegaban en una pata una costalilla de tierra, –quieren tierra, pues ahí está su tierra–, así les decían cuando se estaban muriendo.

Cuando íbamos a bajarlos de las habillas, el aire mecía los cuerpos, se mecían de un lado a otro mientras que los dolientes lloraban muy desconsolados, aquello estaba de dar miedo, aun así le atoramos a las partidas de matones y ya luego éramos más que ellos y con buenas armas que nos facilitó el gobierno para organizar las defensas.

Había un amigo que le decían el Rajadiablo, lo habían mandado los hacendados para meternos miedo y era muy bueno en eso de florear el machete según decían y cuando salía de la hacienda no lo mandaban para hacer amigos precisamente, decían que debía compromisos allá en el Valle de Banderas.

En esas estábamos los de la agraria en casa de don Victoriano Ramírez platicando asuntos pendientes ahí en su ramada, ya pardiandito, cuando el Rajadiablo se presentó a relajarnos, venía montado en una acémila palomina, desmontó con aires de gran señor, y las

espuelas de plata que traía apretaladas a sus huaraches tintiliaban muy ladinas y hacían que se enchinara la piel, porque este amigo si daba miedo, tenía un ojo verde y otro azul. Cuando le preguntaban porque le decían el Rajadiablo, decía que por bonito.

–Hay se lo haiga a todo aquel que ande de robatierras y en eso de la agraria y sé que ustedes andan por ahí de revoltosos animando a la gente a meterse en lo ajeno, sepan que no los quiero ver en los dominios de la hacienda y les traigo un mensaje del mero patrón, que él sabe que aquí en sus dominios empollan y empluman, pero que no vuelan, con que ya están avisados y ustedes dirán cómo y con qué nos arreglamos por si no les parece lo que les versé, y más tú que andas de carcamanero y malagradecido después de que te quitaron el hambre–, eso dijo volteando a ver al de la casa.

Don Victoriano era un hombre muy callado, se levantó de su silla lentamente al tiempo que se quitaba su sombrero y le dijo muy sereno, –sea por Dios y que tu boca sea medida. –Con machete, pa’ quitarle el mojo con tu pellejo–, contestó el fulano. –Ta’ bueno, pero amarrados pa’ que no duremos mucho y que lo único que aquí corra sea sangre– dijo don Victoriano destrabando el machete del tronco de leña que estaba a un lado, se quitó el paño que traía amarrado al cuello y lo dobló esquinado, se amarró una punta a su mano izquierda y le arrojó la otra punta al hombre ese.

Una vez que estuvieron amarrados los dos, se miraron de frente, estuvieron quietos por un momento, de repente el Rajadiablo intentó tirar primero, pero don Victoriano le atajó el golpe con el lomo de su machete y lo volteó al mismo tiempo, lo movió muy sesgado y le pajueleó un santo machetazo en el mero pescuezo y le brotó un borbollón de sangre y ya luego el Rajadiablo se fue cayendo. Primero muy despacio, cayó hincado y luego se fue bocabajo todo desmadejado.

Ahí se le acabó el corrido a ese amigo que dizque era muy bragado. Yo diría más bien que era asusta pendejos. Quien lo iba a decir que lo fuera acabar un viejano sin más gracia que la de ser muy callado.

Ya luego el gobierno cayó con muchos soldados y la costa se apaciguó. Ya podíamos andar tranquilos y confiados por los palapares y para que no hubiera rencores, hasta aceptamos a los caporales de la hacienda y ya luego los hicimos ejidatarios aunque a algunos no se les quitó lo mal averiguado y mal portados con la gente.

Recuerdo que un día fuimos a México que dizque a recoger los papeles del fundo legal. Fuimos con el presidente y ahí estuvimos con El General. Él en persona nos atendió, nos daba rete harta pena y vergüenza porque algunos de nosotros andábamos todos huarachudos y con calzón de manta, y así nos recibió, nos saludó de mano a cada uno. Recuerdo que nos dijo que las tierras que ahora eran nuestras no eran otra cosa más que producto de la justicia social tan necesitada en el campo.

Nos regresamos muy contentos porque la tierra ya era nuestra. Aunque era nuestra en los hechos, la cosa no cambió mucho en eso de la economía. La tierra era nuestra, pero no teníamos dinero para trabajarla, entonces la cosa estaba peor que si fuéramos medieros, no teníamos herramientas, uno que otro burro y matalotes, algunas gallinas, chivas y guajolotes, pero nada más.

A quien le íbamos a pedir dinero, ya los hacendados se habían ido. –No se les vaya a revolver el bule con tanto palapar nomas pa’ ustedes. Eso dijo el administrador y testaferro de los meros dueños el día que desocupó la hacienda. Nomás nos volteábamos a ver unos a otros como diciendo, ¿y hora qué hacemos?

Así estuvimos al principio, ya éramos dueños de la tierra, pero casi nadie quería entrarle a trabajarla porque no teníamos dinero. Seguíamos quebrando coco porque ahí no se ocupaba quien habilitara. El coco se daba de humor, de manera que eso hicimos, pipiliar coco y matar caimanes, no nos quedaba de otra. Así de jodido estaba el asunto con eso de ser primero mediero y después ejidatario. Apenas para malcomer tenía uno.

Después que los terratenientes se fueron, aparecieron en Compostela varios riquillos que prestaban dinero, y gente que te rentaba animales de trabajo. Fuimos con estos señores que prestaban capital con el compromiso de que se les vendieran a ellos las cosechas, le decían habilitamiento, y ya con ese dinero compramos

semilla, y herramientas. Ya luego en tiempos de cosecha se pagaba la deuda en especie, sin pagar réditos.

Nomás blanqueaba el camino de Tierra Blanca y el de La Tigrera de puros atajos de burros con cargas de tabaco, de maíz y de frijol chileños en los días de febrero y marzo. Entonces no se ocupaba firmar papeles como ahora, los dineros se prestaban empeñando el honor, porque eso tenía más valor, el honor de un hombre, no se podía faltar a la palabra porque era lo único que nos pertenecía, la palabra, y yo creo que también el hambre, era muy nuestra.

En esos meses de cosecha, por los caminos y veranos de Chila se dejaban escuchar los mariachis y eso era señal de que algún rancharo ya había liquidado su habilitación o había vendido su atajo de puercos.

Los mariachis que por cierto andaban descamisados, con huaraches y destrompetados eran señal de que le había ido bien al rancharo. Entonces se dejaba escuchar esa canción del tren, esa que dice: *Oigan y oigan señores, oigan al tren caminar, el que se lleva a los hombres pa' las orillas del mar.*

Todos los tienderos de Compostela nos hacían reverencia, eran los días del año de mucha bonanza, hasta caminábamos de ladito de tantos fierros y pargos que traíamos en el morral. Entonces si daba orgullo ser de la costa.

María Helena

Quédate conmigo María Helena, y nos vamos ahí por la Majada del Colorín, ahí podemos hacer vida tú y yo. No te fijes en otra cosa, tú sabes que te quiero y que estoy muy apasionado por ti, mira que animarme a robarte a sabiendas que todos me odiarán, hasta mi madre si viviera.

Sé que es imperdonable lo que hice, pero sólo tú puedes perdonarme y con eso basta. Aquí en la Tigrera, en este monte tan grande nadie nos hallará, en tanto ya encargué con mi compadre Juan Casillas que nos trajera algo de comestible, aquí en este rancho nos quedamos unos días mientras se apacigua la cosa.

Se asustó mi compadre cuando aparecimos por el camino del Agua Caliente. –¡Compadre Tino qué ha hecho, por el amor de Dios, deje ir a esta pobre chamaca!, eso dijo. Pero yo andaba todo endiablado pa’ haberle hecho caso y por eso te robé María Helena del alma mía, porque traigo metido el diablo y te me has metido en la sangre, aunque de eso ya estábamos unidos.

Sé que pa’ estas horas tu madre y tus hermanos me odian, hasta mi hermano Andrés me ha de estar

maldiciendo si ya le dieron el aviso, pero sé que si tú consientes esto que pasó, y ya no hay más remedio que aceptar las cosas como están, así de este tamaño, no le aunque y tope en lo que tope.

Yo te quise desde aquel día que te miré en el río cuando te lavabas tus rodillas, cuando veníamos del tabacal. Yo estaba detrás de los sauces llorones y vi cómo se miraban tus pantorrillas, duras y ennegrecidas por el sol y más me llenó de pasión. Desde ese día te tengo metida en mi pensamiento.

Nomás de ver cómo le dabas de jalones a las matas de frijol en eso de la faina y ver tus brazos fuertes, desde entonces me apasioné por ti. Te acuerdas cuando andábamos pizcando en los chapones que sembró tu hermano Celestino ahí por el cerro del Palmoso. Yo me acomodía a bajarte la petaca pa' sentir tus carnes tan macizas, tan frescas y escuchar cuando jalabas aire. Así de apasionado andaba ya por ti.

Mira María Helena, ahí en donde te digo que nos vayamos hay mucha vida y de hambre no vamos a morirnos. Ahí en esas majadas subiendo la Noriega está ese lugar que te digo. Ahí podemos ser felices tú y yo.

Aunque ahí está mi hermano Lupe y no sé qué vaya a decir. No creo que diga mucho, en fin que todavía no se le quita lo loco y se la pasa alzado en los cerros y las lomas por días y sin comer, y además mi cuñada anda dándole vuelo a la hilacha con eso de que es como si no

tuviera hombre a su lado o más bien un enfermo, anda más ocupada en querer ser concuña de su propia hija que estar al tanto de su perrada y parece que sus hijos se están criando como animalitos del cerro. Pero bueno, esa es otra cosa, nosotros nos dedicamos a ser felices y cada quien en su jacal.

Yo sabía que te ibas a venir conmigo, aunque haiga sido a la fuerza, a punta de pistola y machete, como debe ser cuando trae uno el diablo y la pasión metida y las cosas están duras pa' que pasen como Dios manda.

Con todo y eso, yo si creo que llegues a quererme. Ya traía esto en mi pensamiento desde hace algún tiempo y yo siempre supe que esto tenía que pasar desde que te vi cuando te bañabas en el río.

Sé que mi hermana Librada ha de estar con el Jesús en la boca, pero qué le vamos a hacer si aceptaste venirte conmigo aunque haiga sido a la fuerza es porque sientes algo por mí. De otra manera y estoy seguro hubieras preferido la muerte y quién sabe de qué hubiera sido yo capaz si te hubieras negado.

Esas viejas argüenderas que venían contigo no más vieron cómo relumbraba el machete y pegaron de gritos, todas asustadas como que habían visto al diablo y el amigo del caballo que venía atrás de ustedes parecía ayudarme más a mí que a esas viejas.

Si hasta alcancé a escuchar cuando le decían que les ayudara con su pesar, y hasta le dijeron santo y seña de quién era yo y nomás me dio risa cuando dijo –no

se apuren muchachas, sirve que no se riega la sangre y todo queda en la familia.

Aquí en La Tigrrera vamos a estar seguros, mi compadre Juan nos hará el favor de darnos asistencia unos días, es buena gente yo lo conozco, no le gustan las gentes habladoras y mentirosas, le gusta que la gente sea derecha y de hechos, con decirte que un día llegó un viejano pidiendo trabajo y le dio chamba en eso de la macheteada de los cafetales.

Pues este amigo andaba macheteando y hablé y hablé todo el día con eso de sus aventuras de amores en La Cama de Piedra y en El Malacate. Parecía merolico y que se aventaba hasta tres palos y sin zacate con Juana y con Chana, mucho de eso presumía y así estuvo hasta que enfadó a mi compadre que de por si es hombre de pocas palabras y mucho hacer.

Ya en tono más encabronado que nada mi compadre le habló medio recio. –Haber amigo venga pa’ca. Ve usted esa habilla tan verde al bordo del lienzo. –Sí, si la veo amigo, ¿por qué?– Preguntó el fulano. Entonces mi compadre tomó una piedra de buen tamaño y se la aventó al árbol que empezó a desparramar leche muy blanca por todos lados. –¡Quiúbole amigo! ¿Verdad que salió leche?–, –Sí, contestó el viejano, –entonces venga pa’ca–, y tomó otra piedra de igual tamaño y se la aventó a un árbol viejo y seco que se despedazó con el golpe. –¡Quiúbole amigo, ¿salió leche?–, preguntó mi compadre otra vez, –no pues como va a salir si está bofo– contestó

el fulano. –Pues entonces así está usted amigo, todo bofo como ese árbol, póngase a trabajar y déjese de andar de guaguarero que usted es más cuento que novela y ya está de mediodía pa' bajo.

Así se las gasta mi compadrito quien por más señas ha hecho parir a mi comadre tres pares de cuates.

Ya le mandé un recado al juez en Compostela por si hay algún problema. Lo conozco desde que éramos chamacos y sé que no se negará a ayudarme y a casarnos por lo civil que es lo que merito cuenta no le hace que estemos unidos por sangre.

El señor juez Machuca es buena gente, es conocido mío y sé que me ayudará en este compromiso.

También le mandé decir a mi compadre Jesús Medrano que me haga el favor de vender todos mis animales y la 12 que tengo alzada en el tapanco de mi jacal, en fin que lo que menos tengo ganas ahorita es de ir a matar venados y tejones, que al cabo y por lo pronto aquí tengo con qué querer al que me haga ruido y con este frío que hace lo que quiero es dormir empiernado y calentito contigo María Helena. Por eso quiero que seas mi mujer aunque estemos en pecado, y de eso, sólo Dios puede perdonarnos, nadie más.

De ir a la iglesia y cumplirte como Dios manda, mejor ni hablamos, el señor cura Casillas nos corre si le decimos que estamos y vivimos en pecado. Si de por sí se pone sus trabas cuando bautiza chamacos porque dizque son de matorral y ahí les anda reclamando a los

matrimonios que no son matrimonios por vivir nomás en junta y por haberse jullido así nomás por que sí.

Luego dice que ante la ley eso de vivir en junta valdrá, pero ante los ojos de Dios eso dizque es un pecado. Yo digo entonces que para nosotros es preferible vivir en pecado, así es mejor y que nadie se entere. No les vamos a dar santo y seña de nuestras cosas a nadie.

Ya está amaneciendo María Helena, vístete y no tengas vergüenza, no seas cora, que al cabo aquí las vecinas no te conocen ni saben de ti. Yo te pongo la lumbre y muelo el nixtamal. Échame unas gordas con unos frijoles y un café, nomás ponle canela y no mucha panocha porque no me gusta muy dulce. Ándale veinte conmigo que vamos a labrar una troza de Caoba pa' estar de en balde.

Mira, de aquí se ve el Cerro de Buenavista, ahí enfrente está el lugar este del que te hablo. Ahí María Helena es mi querencia, ahí podemos ser muy felices tú y yo. Ahí no nos faltará nada y estaremos alejados de todos y de habladurías.

Trabajo no me faltará, me puedo ir a trabajar a las minas y en tiempos de aguas se puede sembrar hasta diez hetólitros de maíz en los cuamiles que he abierto. Podemos criar chivas y gallinas o le puedo cuidar las vacas a Don Carmelo Suárez y a Don Patricio Ortega, ellos siempre me han dado trabajo y me han considerado.

¡María Helena, María Helena! me acaba de avisar mi compadre que nos están buscando, que los rurales y la tropa nos traen insortados y nos están buscando por las rancherías y que no tardarán en pasar por aquí. Aprevente con lo que puedas que nos vamos pa' rumbo del Valle de Banderas, ahí por El Colomo tengo algunos conocidos que me harán el favor de darnos asistencia. Nos vamos ya pardiando, los caminos están vigilados y es mejor irnos veredeando.

Ahora si no hay pa' donde agarrar camino, aquí en La Cucaracha todos nos miran como si fuéramos leprosos. De seguro ya saben que andamos huyendo de la cordada, no hay pa' donde darle, nadie quiere vendernos algo pa' comer ni darnos un lugar pa' pasar la noche.

¿Qué tal si nos vamos pa' Compostela y ahí me entrego a la autoridad?, pero antes júrame que te vendrás a vivir conmigo y que serás mi mujer, esto lo podemos arreglar con el juez, todo está en que tú digas que tú quieres ser mi mujer.

—No señor juez, ella ya había convenido en venirse conmigo. Ella ya tenía amores conmigo desde endenantes, ya tenía que ver conmigo y por eso me encharqué en este compromiso. Convinió en ser mi mujer pero luego dijo arrepentirse y pa' entonces yo ya estaba hasta el cogote de amor por ella.

Yo sólo obré como cualquier hombre apasionado y herido en mi honor. Que la jalonié y que me la llevé a la

fuerza, pues sí, pero yo sólo respondí como hombre, que acaso no se responde así cuando una mujer se nos mete en lo mero hondo de la pasión.

—¡Epa tú, Fortino Cedano, vas pa' fuera! El juez ya dio la orden de que salgas libre, ya tu compadre Juan pagó la fianza, y ya no le andes robando las chamacas a tus parientes porque de seguro arderás por toda la eternidad en el infierno.

¡Vete para la costa!

Así como te lo digo Francisca, yo ya no puedo volver nunca más al pueblo. No sólo por el recuerdo de tu hermano sino también por la vergüenza que pasé delante de todos que bien merecido me lo tengo por taruga y haber andado toda achincualada y que al final de cuentas todo este mazacote sólo sirvió para deshorrar a mi familia y a la tuya.

Epifanio se había ausentado junto con la partida de agraristas por el rumbo de Ayutla, estaban persiguiendo a una gavilla de cristeros que andaban haciendo daños en los ranchos por el rumbo de Volcanes. Tardó meses en volver y yo hasta llegué a pensar que alguna bala lo hubiera ultimado. Al final de cuentas así fue aunque por otros motivos.

Por ahí de los últimos de mayo, Furia, el caballo de Epifanio llegó sólo a la casa en plena madrugada arrastrando el cabresto, traía la silla toda ensangrentada, venía casi reventado. No sabíamos de qué rumbo había venido y ya en la mañana los cristeros ya tenían rodeado el pueblo y no pudimos salir a buscarlo, pensamos que había quedado herido o muerto en algún camino.

Pasaron los días y las semanas y no tuvimos noticias de él. Perdí todas las esperanzas de que apareciera cuando dieron el aviso de que a orillas de la vena de Atengo habían encontrado una huesamenta con ropa y sombrero con barbiquejo de crines muy parecido a lo que él usaba. Entonces me resigné y pensé que a lo mejor Epifanio ya estaba muerto y en manos del Altísimo.

Aun así con todo y mi resignación yo tenía esperanzas de que estuviera vivo porque Epifanio nada más usaba una espuela que sonaba muy ladina, la del lado derecho, la del lado izquierdo la había perdido en una huizachera cuando arriaba un ato de vacas y entre los harapos que encontraron no había ninguna espuela. Por eso me quedaba la duda, como al final si resultó ser cierto. Cayó del caballo en una bajada con todo y un herido que traía cargando en la silla, el caballo corrió asustado y agarró el breño hasta llegar a su querencia.

Aunque yo presentía y algo me decía que Epifanio estaba vivo, caí en tentación Francisca, pequé al haber intimado con otro hombre. Cuando me di cuenta que estaba preñada ya era tarde para arrepentimientos y más cuando recibí el aviso de que Epifanio estaba acuartelado en Mascota, después de tantos meses me mandaba decir que pronto regresaría en tanto le dieran permiso de regresar. Me quedé helada cuando recibí el mensaje, sentí que las piernas me temblaban, me sentí la mayor pecadora, había deshonrado a mi esposo y todo por andar de calenturienta.

–Procura no andar chiroteando con el nixtenco ahora que estás sola, procura portarte como buena cristiana y no dar de qué hablar–, eso me decía mi madre y no hice caso Francisca y entré en amores con Rubén Torres y que por más señas era un hombre anovillado y muy berraco, tú te has de acordar de él. Empezó a hablarme de amores luego que pensamos que Epifanio estaba muerto. Me dejé convencer por él de que Epifanio ya había pasado a mejor vida y con todo y mis dudas me dejé llevar por las ganas de ser amada.

Aprovechaba las noches cuando salía a bañarme y me entregaba a los brazos de este hombre del que te hablo. Y lo peor es que me encariñe, dejé de amar a Epifanio y entre mi desconsuelo y las ganas de ser amada correspondí a una pasión impura que no podía ser por el simple hecho de que yo sentía que mi marido estaba vivo. Aun a sabiendas de eso, de que ni siquiera guardé luto porque sentía la corazonada de que estaba vivo, no me aguanté las ganas de cometer pecado.

Cuando le dije a Rubén lo de mi embarazo se empezó a reír, primero muy despacio y después a carcajada abierta. Pero cuando le dije que Epifanio estaba vivo y que me había avisado que pronto llegaría, su carcajada se paró en seco, se quedó serio, estaba sorprendido. –Ya estaría de Dios que tenga que cargar con este compromiso–, eso dijo sobando la cache de su pistola.

–Está en ti que le digas a tu marido lo de nuestros queveres y de eso que llevas dentro de ti, yo en tanto

estaré esperando lo que sea que el diablo quiera que pase, en fin que ya estoy avisado y tendré que meter cuadril-. Así me lo dijo muy despreocupado sin mostrar ni tantita lastima por mi pesar. Yo al menos hubiera esperado que me propusiera juyirnos a otro lado, y a lo mejor yo hubiera aceptado, pero no, dio media vuelta y se fue.

Epifanio llegó un domingo por la mañana, a luego que llegó me abrazó y me comenzó a llenar de besos. Venía muy ardiente y me llevó a la cama y me hizo suya, pero yo no sentí nada, no sé si de vergüenza o porque no sentía ya nada por él, no sentí nada cuando tomó mis carnes, estaba yo helada de verlo y apenada de no sentir ni tantita alegría por su regreso.

-Haz estado muy fría desde que llegué, parece que no te alegras de verme, como si estuvieras viendo a un extraño, parece mentira que se haya alegrado más el caballo por mi presencia que tú-.

Y así había sido, el caballo no paraba de manotear y cuando Epifanio le acariciaba la cabeza parecía como si el relingo le estuviera murmurando lo de mis hechos, como si le estuviera dando las quejas de mi mal proceder de cuando había tenido intimidad junto al pesebre por muchas noches, de esas noches de agosto, tan llenas de lluvias y de relámpagos y que callaron los suspiros de placer que yo sentía, porque así fueron esas noches con Rubén, de mucho sosiego.

De ahí en adelante, el caballo nunca más quiso que yo le diera de comer, cada vez que me le acercaba golpeaba las trancas y pateaba el pesebre. Era como si presentiera que llevaba yo en mis entrañas el fruto bastardo de mis amoríos, de mis hechos tan afrentosos. No te voy a mentir, traté muchas formas de malograr, ninguna resultó y ya desde entonces estaba dispuesta a no dejar que naciera y que nadie se enterará de lo que yo cargaba en mi vientre.

Cuando Epifanio regresó ya llevaba yo tres meses de encargo, entonces procuré fajarme bien la cintura y me apretalé un rebozo de algodón bien retrincado. Le dije a Epifanio que tenía ya muchos días sufriendo dolores de cabeza por las preocupaciones que sentía de saber que estaba muerto y que me diera tiempo para sentir alivio por estos pesares. Me da pena decirte que tu hermano se creyó todo este cuento y ya no volvimos a tener intimidad.

Por esos días las gavillas de cristeros ya andaban de retirada y el capitán a cargo de la partida de soldados les encargó a las defensas de agraristas que desarmaran a todos los hombres del pueblo que portaran armas en público y se pusieran muy mascafierros.

Eran los días de mediados de septiembre y Rubén había estado tomando y rayando su caballo frente a la plaza, como que estaba cucando a las defensas de agraristas. Unos días antes habían dado muerte a uno de sus hermanos en las orillas del pueblo luego que se negó a

entregar una carabina que traía en la funda de la silla de montar y los había retado a que se la quitaran. Estaba lleno de resquemores y se veía desde lejos que andaba llamando al tecolote.

Los de la defensa lo vieron y no se preocuparon porque todos andaban alegres por los días patrios, pero uno de ellos estaba apostado en una esquina de la presidencia y notó que Rubén traía una pistola fajada a la cintura y que sobresalía por debajo de la camisa.

Tomó el caballo por las riendas y le dijo que entregara la pistola por aquello de la ordenanza. Arrebiatado aún por la muerte de su hermano, Rubén intentó sacar el arma pero Epifanio que pasaba por ahí se le puso enfrente apuntándole con una 30 30 y le gritó que no intentara sacarla o le rajaba el espinazo de un balazo.

—No te vaya a pesar esto que estás haciendo—, eso le dijo a Epifanio y ya luego de entregar el arma, arrendó por la calle principal hacia su casa pero volteando a ver al que fue mi marido.

Ese día en la tarde, ya casi pardeando yo tenía un mal presentimiento, de esos presentimientos que te avisa el corazón de que algo malo va a pasar.

Y así sucedió después, una vez que los de la autoridad municipal dieron El Grito, los hombres se dirigieron al *bullirengue* de las cantinas y hasta la casa se escuchaba el *jolgorio*. Los agraristas recibieron la orden de desarmar a todos los hombres enmezcalados o no para evitar malos bretes.

Epifanio y los hombres que lo acompañaban entraron a la cantina de “El Soya”, tan pronto como anunció que se procedería a esculcar a cada uno de los presentes, Rubén que se encontraba ahí como esperando el momento, se levantó de su mesa con pistola en mano y disparó a quemarropa sobre tu hermano para ya luego salir corriendo.

Lo que son las cosas, al escuchar los disparos yo como que ya sabía que había sido Epifanio el ofendido. En ese momento pasaba un mariachi por el frente de la casa. Un grupo de soldados que estaban francos esa noche los pararon y les pidieron que cantaran “Valentín de la Sierra”, fue en ese momento cuando escuché los disparos, cuando los soldados reían a carcajadas por lo que dice este corrido.

No me sorprendí mucho cuando mi comadre Esperanza me dio el aviso de que Epifanio estaba malherido porque ya lo presentía, pero cuando me dijo que había sido Rubén el que le había disparado pensé que había sido a causa de mis amoríos con él y que Epifanio se había enterado de alguna manera. Al entrar a la cantina sentí que todos los presentes sabían lo de mis enredos, sentí que me estaban acusando con sus miradas.

Epifanio estaba recostado boca arriba, junto a la pared, ya luego lo subieron a unas mesas. No había manera de que se salvara, las balas le había deshecho el pulmón derecho y empezó a ahogarse con su propia sangre.

Me miró a los ojos, apenas si pudo despedirse de mí. Ya no pudo hablar, y sentí cómo sus manos se iban quedando tías y frías y su mirada se iba perdiendo como siguiendo la luz de las cachimbas. Lo llevaron a la casa para velarlo y justo antes de llegar con el cuerpo, Furia empezó a relinchar y a patalear, tumbó las trancas, brincó la cerca de piedra y se tiró a correr por los potreros, tres días más tarde lo hallaron muerto entreverado en un *chibirital*.

Enterramos a Epifanio al siguiente día, ya casi para oscurecer y entonces me di cuenta de que nadie sabía lo de mis amoríos con Rubén. De otra manera, yo me hubiera enterado por aquello de los cuchicheos malintencionados o alguien de la familia me hubiera *clarideado*. Nadie sabía de mis pecados.

Entonces me juré a mí misma no pasar la vergüenza de tener un hijo postreco ante los ojos del pueblo. Fui con mi madre y le confesé lo de mis hechos tan vergonzosos y le pedí que me ayudara a deshacerme de lo que llevaba en mi vientre. Pero se negó, mi madre no quiso ayudarme.

—Lo único que puedo hacer por tí es quedarme callada, como lo he hecho desde que malicié que andabas de chile frito con ese hombre, y si me quedé callada fue porque también pensé que Epifanio estaba muerto y ya no tenías que rendirle cuentas a nadie—. Eso me dijo mientras estrujaba el rosario contra su pecho.

–Lo mejor que puedes hacer es irte de aquí y tener el escuincle en otro lugar, así no pasarás vergüenzas ni tampoco nosotros; vete para la costa con mi hermana Félix, allá nadie te conoce y nadie te preguntará y en una de esas hasta te acuadrilas con algún cristiano.

–Si más no se puede, te regresas y hechas cualquier cuento, ¡ándale hija no te achanes! Hora que por lo otro, matar a un cristiano aun estando en el vientre sólo hará más grande tu pecado y con eso yo no te ayudo porque ese es un pecado mayor y no quiero ir al infierno, ya di muchas gallinas y medidas de maíz a la iglesia como para perder mi lugar en el cielo ayudándote a malograr, si ya de por si el padre me amenazó con excomulgarme porque tu hermano y el difuntito de tu marido se metieron a la agraria.

–Entonces no hay más remedio que tenerlo madre, si usted no quiere ayudarme no puedo malograrlo, pero tampoco puedo irme para la costa, allá si no me muero del parto me muero de una costeadada y de ningún apuro salgo, es lo comido por lo servido.

Decidí entonces quedarme en el pueblo, ya no estaba como para andar en trajines y trochi mochis con eso de irme a parir a la costa. Me faltaban muchos meses de encargo y como nadie sabía de mi compromiso seguí retrincándome el bule y procuré salir lo menos posible del jacal en los meses siguientes. –En cuanto para lo voy a tirar al monte–. Esos pensamientos pasaban por mi cabeza, y todo por evitar vergüenzas y deshonras.

A mediados de diciembre, unos días antes de la nochebuena y que por cierto habían empezado las *cabañuelas*, empecé a sentir los dolores de parto.

–Es sietemesino miya, de seguro se adelantó por el efecto de la luna que por cierto viene muy fuerte, ya vez que mi comadre Lencha y don Pedro Lara se petatearon de la nada la semana pasada, con la luna se siembra y se cosecha, se nace y se muere, mantente sosiega miya que ya estás de alivio.

–Madre, lo voy a tirar, no me voy lo voy a quedar, nadie sabe de esto, nadie, sólo usted y mucho le agradezco que no anduvo de *buche crudo*. Si no le hice más lucha a malparirlo fue porque usted no quiso ayudarme, lo voy a tirar allá por las orillas del pueblo, junto a los corrales, ya sobraré quién lo socorra y ahí si no ocupo de su ayuda, ese es parecer mío.

–Ay madre santísima de Talpa, Dios perdone hija tus acciones y que perdone mi silencio en este desgarrate que has armado por tus calenturas. No voy a parar tus intenciones, que Dios nos ampare en este pasquín que nos tiene en bimbalete.

–Ya supo doña Romana, anda el mitote de que las defensas agraristas están meneado de arriba pa' bajo todas las casas del pueblo sean de rotos o sean de jodidos.

–¿Y eso para qué?, ni modo que todavía anden buscando cristeros, si ya casi se acabaron y los únicos que quedan se andan robando vacas y cuanta chamaca

se les cruza en su camino y ya hasta el mismo cura los declaro fuera del amparo y de la ley de Dios.

—Pues dizque traen a todas las comadronas del pueblo hachándole un ojo al pudor de todas las mujeres sean aventajadas, solteras, casadas o solteronas.

—¿Y a razón de qué?

—Dicen que hallaron un chilpayate envuelto en unas tilingas en la ordeña de Don Juan Vacaspintas y que andan buscando a la que lo parió, de seguro darán con ella, no es tan grande el pueblo como para esconder un pecado de ese tamaño.

—¡Adió! ¿Habrá quién cometa esos pecados? Abandonar a un alma recién nacida como animalito del cerro. No tiene perdón de Dios la berjoleta que haya hecho tal cosa y vaya usted a saber las alilayas que vaya a dar.

—Que dizque ya dieron con la endina, se chachalaquea que le cayeron en el chahuixtle a la viuda de Epifanio Partida, vaya usted a saber qué chaina anduvo tocando con su ziridongo porque las cuentas no cuadran.

—¿Y cómo dieron con ella?

—Uno de los agraristas que anduvo de compañero con el difunto Epifanio reconoció las hilachas en las que iba envuelto el chamaco, eran los sudaderos de la silla de montar de Furia, el caballo azabache que montaba el difunto. Se apersonaron con una comadrona para revisarle la panocha y ahí estaba la tatema, le entregaron el chamaco y por respeto al que fue su marido no hicieron más grande el borlote.

-¿Y qué ha sido de la mujer y su familia?

-Que dizque arrendaron pa' la Costa de Chila, echaron realada con todos sus telebrejos ayer muy de madrugada. Ni siquiera guardó la cuarentena, ahí Dios que la socorra y la perdone.

El mano negra

–¡Chón López, date preso! ¡Esto ya no tiene remedio, no te nos vas a encuerar esta vez, estás rodeado, no podrás salir con vida de este jacal si nos enfrentas, somos muchos y te tenemos cercado! ¡Tengo órdenes de llevarte vivo o muerto, o más bien muerto que vivo si es preciso!

–¡Ya no eres necesario para los que sirves y por lo que haces. Ya dejaron de hacerse de la vista gorda con tus hechos, si te rindes, respetaré tu vida, te doy mi palabra, no te entregaré a los judiciales, lo haré en Tepic, a donde procede que te entregue, va de por medio mi honor de militar si es que para ti tiene algún valor!–.

Un balazo fue la respuesta que vino de aquel sencillo jacal de palapa. Pegó en una punta de las paredes llenando de polvo la cara de aquel teniente que luego salió corriendo y que en vano trató de convencer a Asención López, por más señas el Mano Negra, y no porque tuviera la mano negra o el corazón negro, sino por un lunar muy oscuro y de buen tamaño que se echaba de ver en su antebrazo izquierdo.

Trató de convencerlo de entregarse a la autoridad después de haber andado a salto de mata por toda la

Costa de Oro y de haber perdido el favor de quienes servía matando y secuestrando a los que estorbaban, fueran líderes campesinos, políticos de izquierda, prósperos ganaderos y hasta enemigos políticos incómodos para el sistema.

No importaba lo que fuera, porque eso era en lo que se había convertido, en el matón de los que gobernaban. Los mataba y los velaba porque así se lo mandaban, aunque eso de velarlos era idea suya para meterles miedo a los ofendidos y hacerlos desistir de cualquier revancha contra él o contra el gobierno.

Y ahí se estaba en los velorios, tomando café con piquete sentado mero enfrente de la cuarteta de cirios, haciendo más grande la pena y afrenta de los dolientes hasta que se cansaba y ya luego arrendaba por cualquier calle sin que los municipales ni ninguna autoridad pública lo molestaran, y quien lo iba a molestar, si esa era la consigna, no molestarlo porque servía al gobierno.

—¡Vengan por mí si pueden venir, que aquí tengo con qué quererlos si me quieren!—.

—¡Qué así sea Chon, pero deja que salga tu mujer, la cosa es contigo no con tu mujer!—.

—¡Cabo Ramos, ordene a los agentes de la judicial que se amarren un paño blanco en el brazo izquierdo, y ordene a sus compañeros que se arremanguen la camisa hasta los codos para no confundirnos en la alharaca y espere la señal para abrir fuego!—.

Las granadas incendiarias cayeron sobre el techo de palapa de dos aguas y tan pronto se levantó la llamarada, una lluvia de balas desbarató las endeblés paredes de pajarete de aquel jacal, ni tiempo le dieron de disparar, los balazos llegaron por todos lados. El humo y el olor a pólvora anegaron el aire, no se respiró otra cosa mientras las armas no guardaron silencio. Las latillas y soleras se derrumbaron junto con el techo sobre los horcones haciendo aún más grande la llamarada. Y sólo entonces paró la balacera, cuando el cuerpo de Chon tatemado y destrozado por decenas de balas asomó levemente junto al horcón de en medio del jacal.

—¡Sáquenlo antes de que se acabe de tatemar y se penetre el olor a carne chamuscada!

—¿Qué hacemos con el cuerpo mi sargento?

—Súbanlo al camión, lo llevaremos al cuartel como prueba de que se cumplieron las órdenes y dígalas a los judiciales que ya se pueden retirar, que nosotros nos haremos cargo y daremos el parte.

—Mi teniente, hay un alboroto de gente a la entrada del cuartel, son muchos y reclaman el cuerpo del matón ese. ¿Cuáles son las órdenes?

—Que se tomen unas fotos del cuerpo y en particular del brazo izquierdo, que se vea la mancha si es que se ve, y ya luego entregue el cuerpo a quien lo reclame, sea doliente o no, usted entreguelo.

—Mi teniente, se hizo lo que usted ordenó y se entregó el cuerpo a la gente, aunque ninguno aceptó ser

familiar pero si parecían ser su gente. ¿No convendrán en llamarnos la atención los superiores por no haber llevado lo que quedó de este individuo a la capital?

–En estas condiciones no conviene enfrentar al pueblo, no sea que se arme un sainete y la gente de estas tierras es de armas tomar, no por su valentía, sino por la ignorancia en la que viven, le dan más importancia a la muerte de un desalmado que exigir sus derechos de convivencia y paz social.

–Perdone que difiera de usted mi teniente, pero en mi opinión el gobierno no hace lo uno ni lo otro. Sino más bien administrar la ignorancia, por eso el que se rebela contra la convivencia y paz social impuesta a la fuerza es un valiente para el pueblo raso. No se puede garantizar la convivencia y paz social si se gobierna a ignorantes con la ignorancia como política.

–No entremos en retórica inútil y fútil cabo Ramos, nosotros somos militares y nos limitamos a cumplir órdenes y para eso estamos y somos, un instrumento del gobierno. Este país se gobierna con cacicazgos y conveniencias de grupos de poder. Aquí, la revolución si es que la hubo, pasó de noche. No estamos preparados para los cambios que amerita una revolución. Yo más bien le llamaría una reestructuración de poderes, eso es lo que pasó, una recomposición social maquillada y revestida, sin cambios de fondo, pero sí de forma.

–Estoy de acuerdo con usted, pero no me negará que el caso de este amigo, el Mano Negra, fue sólo un

instrumento de la autoridad para controlar a esta gente, se convirtió en un héroe popular, después en instrumento del gobierno y por último en un desalmado.

–No se le desniego mi cabo, esto es lo que mantiene adormilado al pueblo, y en el momento en que se convierte en un peligro para el poder, se desecha. –En eso se convirtió este pobre amigo mi teniente, en el brazo armado del gobierno contra lo que pudiera ser un obstáculo político para no tener que usar la fuerza de las instituciones de manera ilegal, así como le ha pasado y lo han hecho con otros líderes sociales.

–Las fuerzas armadas, y las demás fuerzas policiales, somos instrumentos institucionales y para eso estamos, para eliminar todo lo que amenace al poder. Todo este circo de perseguir criminales justicieros ha sido montado para administrar el atraso del pueblo, va usted a ver que en menos de lo que canta un gallo, surge otro quijote desde los arrabales sociales más desposeídos, bajo las mismas circunstancias y más o menos con los mismos actores. No tardarán en componerle y cantarle un corrido a nuestro último héroe y verá cómo en las cantinas y botaneros se brinda en honor a las proezas del Mano Negra, hasta milagros le van a enjaretar.

–Me queda claro mi teniente eso de crearle héroes populares al pueblo como distractores, ¿pero qué pasará el día que a este país lo gobierne una partida de pseudopolíticos que desconozcan la realidad y di-

mención social de tierras en las que nunca han puesto un pie?

—Pues lo mismo que a Roma mi sargento, va a arder por todos lados. El poder no es detento exclusivo de los inteligentes. Y no falta mucho para eso, se lo aseguro, los excesos del poder nunca conducen a nada bueno, y nada bueno puede salir cuando lo que se mete está infectado de corrupción e indolencia.

—Oiga mi teniente, y usted que ya lleva mucho tiempo acantonado aquí por estos lugares, ¿qué razones en particular tuvo este Chon López para andar insortado?

—Las mismas y no menos diferente que las que han tenido todos aquellos que se han alzado contra el gobierno desde la pobreza y la marginación, la misma historia que Catarino y Heraclio, por cierto también naturales de estas tierras y en el mismo contexto, los vicios y expresiones del mal gobierno tan prevaleciente en el campo: síndicos, jueces y magistrados maiceados y administrando la justicia a favor de sí mismo y de los rotos y en agravio de los descocidos. Los rotos, gandallas, ojetes, y ladrones, y los descocidos, nobles, pero ignorantes y olvidadizos, presas de su propia miseria social.

—Un buen día fulano, zutano y perengano son víctimas del cacique u autoridad local, héroes populares por haberlo enfrentado, luego esbirros del poder por conveniencia y finalmente víctimas de su ego, de ese

ego que da saborear las mieles del poder, efímero, pero al fin poder, y que luego no pueden controlar, y es ahí donde se desechan, cuando ya no convienen al gobierno que los consintió, los usó y luego desechó.

–El poder marea mi cabo, es una enfermedad que pocos pueden controlar, los que están preparados para controlarlo y ejercerlo a su conveniencia y que más que gracia es una virtud si se consigue la paz aún a costa de la desigualdad social. Y eso es algo que Juan, Pedro y Abraham pueblo no puede maniobrar si no se está preparado.

–Eso mismo le ha pasado a cada paladín justiciero que ha aparecido en estas tierras. Justiciero en un principio, aliado del gobierno después y finalmente desalmado. Lo toleran, lo maicean, lo hacen parte del poder y una vez que ya no conviene, se desecha por la buena y la mayor de las veces por las malas. Ya luego habrá que calmar al pueblo admitiendo las andanzas y hazañas con letras y música que algún músico de pueblo habrá de componer en honor al susodicho y que más de un alebrestado habrá de festejar en algún jolgorio de rancho con algún mariachi de esos líricos y desarrapados, pero que no desafinan–.

–Ya lo comprendo mi teniente, tiene su gracia mantener al tigre amarrado, no es cualquier cosa y más aún colgarle cascabeles de buen tamaño para entre- tenerlo.

–Mire mi cabo, las cosas hoy día no son tan diferentes como en tiempos de Don Porfirio. Sin embargo, la gran diferencia entre el viejo ladino y la familia revolucionaria radica en lo que ahora conocemos como instituciones. Don Porfirio centró todo el poder en sí mismo y por ello no pudo concretar una transición pacífica ni pasarle el poder a la bola de científicos que lo acompañaban en sus experimentos sociales.

–Estos cabrones que ahora nos gobiernan se han repartido el poder para ejercer una especie de pesos y contrapesos entre ellos mismos, precisamente para no caer en las tentaciones y excesos porfirianos y despertar al tigre, de tal manera y como lo ha dicho algún viejo zorro titiritero, que el que se mueve no sale en la foto. Se han comportado como puercos, puercos, puercos pero no tan trompudos. Se amalgamaron para formar una revolución sin evolución, alimentan al tigre con pellejos y se quedan con los chamorros.

–Concuerdo con usted mi teniente, sin embargo, considero que estos excesos un día no tan lejano colmarán la paciencia del pueblo.

–Tal y como le pasó al comendador de Fuente Ovejuna mi cabo, en este caso un día no muy lejano, las marismas arrojarán todo el coraje y resentimiento acumulado por años sobre quienes los explotan y esperamos que ese clamor este acompañado de una medida social y no del ánimo de una guerra florida.



Los caminos de Chila

Se terminó de editar en febrero de 2020
En los talleres gráficos de TRAUCO Editorial
Camino Real a Colima 285 int. 56
Teléfono: (33) 32.71.33.33
Tlaquepaque, Jalisco.
Tiraje: 1 ejemplar.

Los caminos de Chila es una serie de cuentos emplazados en el ambiente campirano de la costa sur de Nayarit y que relatan el andar cotidiano de quienes habitaron esta región desde principios del siglo XX dentro de una transición paisajística producto del periodo postrevolucionario.

CUIC
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA



ISBN 978 607547793-0



9 786075 477930